

LEONTES.—Han estado ausentes veintitrés días; es viaje rápido. Esto anuncia que el gran Apolo quiere descubrirnos súbitamente la verdad. Preparaos, señores. Convocad á sesión para que se juzgue á nuestra desleal esposa; pues habiendo sido acusada públicamente, ha de tener un juicio imparcial y público. Mientras ella viva, mi corazón me será una carga. Dejadme, y tened presente mi mandato.

(*Salen.*)



ACTO III

ESCENA PRIMERA

Calle de una ciudad

Entran CLEOMENES y DIÓN.

CLEOMENES

El clima es delicioso; el aire sumamente suave; fértil la isla, y el templo de todo punto superior á las alabanzas que comunmente se hacen de él.

DIÓN.—Por mi parte manifestaré, que me impresionaron en extremo los celestes ornamentos (creo que bien puedo calificarlos así) y la venerable majestad de los sacerdotes. ¡Oh! ¡y el sacrificio! ¡Cuán ceremoniosa, solemne, y superior á las cosas terrenas fué la invocación!

CLEOMENES.—Pero sobre todo, la explosión de la atronadora voz del oráculo, semejante al trueno de Júpiter, embargó de tal modo mis sentidos, que entonces comprendí mi propia nada.

DIÓN.—Si el éxito de la jornada es tan favorable á la reina (quiéranlo así los dioses), como lo ha sido

á nosotros por lo rápida y agradable, por cierto que vale la pena de emplear en ello el tiempo.

CLEOMENES.—¡Oh gran Apolo! Haz que todo sea para bien! No me parecen muy puestas en orden las públicas proclamas y el violento proceder que se usa con Hermiona.

DIÓN.—Este mismo rigor será parte á aclarar el asunto, ó le pondrá fin. Cuando el oráculo (sellado por mano del gran sacerdote de Apolo) revele lo que hay, creo que algo raro se pondrá de manifiesto. Pero vamos, tomemos otros caballos, y que el éxito sea feliz. *(Salen.)*

ESCENA II

Sicilia.—Tribunal de justicia

LEONTES, señores y oficiales, aparecen sentados en orden.

LEONTES.—Esta causa, dígolo con profundo pesar, impone un penoso esfuerzo á mi corazón; como que la acusada es hija de un rey, y esposa nuestra, á quien siempre hemos amado en extremo. No se nos acuse de tiranía, pues procedemos en justicia y abiertamente, resueltos á proseguir hasta poner en claro la culpabilidad y obtener la purificación. Traed á la prisionera.

OFICIAL.—Su Alteza tiene á bien que la reina en persona se presente ante la corte. ¡Silencio!
(Traen á Hermiona entre guardias. Síguenla Paulina y señoras del séquito).

LEONTES.—Leed la acusación.
»ción por haber cometido adulterio con Políxenes.
OFICIAL *(leyendo.)*—«Hermiona, reina consorte de
»Leontes, rey de Sicilia, eres acusada de alta trai-
»ción por haber cometido adulterio con Políxenes,

»rey de Bohemia, y conspirado con Camilo contra
»la vida del rey nuestro soberano y real esposo vues-
»tro; habiendo sido este plan parcialmente descu-
»bierto por las circunstancias, tú, Hermiona, con-
»tra la fe y obediencia del verdadero súbdito, les
»aconsejaste y diste ayuda para que en busca de
»salvación huyeran durante la noche.»

HERMIONA.—Es casi inútil que diga yo «*no soy culpable;*» porque lo que tengo que decir, siendo opuesto á lo que dice la acusación, no se apoya en otro testimonio que en el mío propio. Y pues mi integridad se toma como hipocresía, no han de ser recibidas mis palabras como verdad. Pero si diré: que si los poderes divinos contemplan nuestras acciones humanas (como en realidad las contemplan), no dudo de que la inocencia avergonzará la falsa acusación, y que la tiranía temblará en presencia del sufrimiento. Bien sabéis, señores (y bien lo saben aun los que menos aparentan saberlo), que mi vida pasada ha sido tan casta y pura, como infeliz soy ahora; y esto es más que cuanto ha inventado la ficción para atraer espectadores. Porque considerado en mí á la compañera del lecho nupcial del rey á quien corresponde la mitad del trono; á la hija de un gran monarca; á la madre de un joven príncipe lleno de promesas; obligada á venir aquí á gastar palabras por su honra y su vida en presencia de cuantos quieran escucharme. En cuanto á la vida, no le doy más valor del que tiene según la aflicción que sufro, y por tanto preferiría no tenerla. El honor es la herencia que debo á los míos, y sólo por él me veis aquí. Apelo á vuestra propia conciencia, señor, para que digáis hasta qué punto me hallaba en vuestra gracia y había merecido estarlo, antes de que Políxenes viniera á la corte; y después de su venida, cuál ha sido el encuentro inusitado en que haya podido yo aparecer como se pretende; porque si es un ápice más allá de los límites del honor, ó que en acción ó en intento se

haya inclinado en tal sentido, no quiero que haya piedad en los corazones que me oyen, y el más inmediato á mí por su sangre haga pesar su desprecio sobre mi sepulcro!

LEONTES.—No tengo noticia de que haya faltado nunca al vicio el suficiente descaro para negar sus hechos, como no le falta audacia para cometerlos.

HERMIONA.—Es cierto; pero esta máxima no se me puede aplicar.

LEONTES.—No queréis confesarlo.

HERMIONA.—Ni debo admitirlo en manera alguna. En cuanto á Políxenes, con quien soy acusada, confieso que le amaba como lo requiere el honor; con la especie de afecto que cumple á una señora como yo: con un cariño tal, y no otro, que el que vos mismo habéis mandado. Y no haberlo hecho así, habría sido en mí desobediencia é ingratitud hacia vos y hacia vuestro amigo, cuyo afecto había sido el vuestro desde la niñez. En cuanto á la conspiración, no sé lo que es, ni lo sabría aunque me la pusiérais delante, pues no la conozco. Todo lo que conozco es que Camilo es un hombre honrado; pero por qué ha dejado la corte, ni los dioses mismos podrían decirlo si no supieran de ello más que yo.

LEONTES.—Sabíais su partida, así como lo que habéis intentado hacer en su ausencia.

HERMIONA.—Habláis, señor, un lenguaje que no comprendo. Mi vida está á merced de vuestras cavilaciones. Disponed de ella.

LEONTES.—Mis cavilaciones provienen de vuestros hechos. Habéis tenido de Políxenes una bastarda, y llamáis á eso cavilación mía. Como no os queda ningún sentimiento de pudor (y esto es común á las de vuestra especie) tampoco lo tenéis de veracidad; por lo cual lo que negáis tiene más fuerza aún que si lo hubiéseis confesado. Y así como esa prole ha sido expulsada, no teniendo padre que la reclame (lo cual es más criminal en tí que en ella), así

también has de sentir nuestra justicia, que no tiene castigo más suave para tí que la muerte.

HERMIONA.—No malgastéis, señor, vuestras amenazas, que yo misma anhele la muerte con que pensáis intimidarme. La vida en nada puede serme agradable. He perdido vuestro favor, que era todo el consuelo y orgullo mío, y el corazón me dice que lo he perdido para siempre, aunque no sé de qué manera. Mi segunda alegría, era mi primogénito, y me habéis apartado de él como cosa infecta. Mi tercer consuelo, nacida bajo funesta estrella, es arrancada de mi seno para arrojarla con la leche en los labios á ser víctima de un asesinato. Yo misma me veo difamada, excluída del lecho conyugal, y forzada á venir precipitadamente á este sitio al aire libre antes que pudiera restaurar mis fuerzas. Decid ahora, mi señor, ¿cuáles son las felicidades de mi vida, para que pueda temer la muerte? Obrad, pues; pero oíd, y no os equivoquéis. La vida no me importa ya nada, pero por mi honor (que quiero conservar sin mancha) si soy condenada por meras presunciones, y sin prueba alguna (excepto la cavilosidad de vuestros celos) os repito que eso no es ley sino tiranía. A todos vosotros, señores, digo que me refiero en todo al oráculo. Que Apolo sea mi juez.

SEÑOR 1.º—Esta demanda vuestra es enteramente justa. Que se traiga, pues, el oráculo en nombre de Apolo.

(Salen algunos oficiales.)

HERMIONA.—Fué mi padre emperador de Rusia. ¡Oh! si estuviera cuán profunda desdicha es la mía! viéralo, sí, mas con ojos de piedad, no de venganza.

(Regresan los oficiales con Cleómenes y Dión.)

OFICIALES.—Jurad aquí, sobre esta espada de la justicia, que vosotros, Cleómenes y Dión, habéis estado en Delfos, y traído de allí este oráculo sellado; y que desde el instante de recibirlo no os habéis atrevido á violar el sagrado sello, ni á leer los secretos que contenga.

CLEOMENES y DIÓN.—Así lo juramos.

LEONTES.—Romped el sello y leed.

OFICIAL (*leyendo*).—«Hermiona es casta. Políxenes »inocente. Camilo un súbdito leal. Leontes es un »tirano celoso: su inocente criatura es legítima; mo- »rirá sin heredero, si no se encuentra á la que ha »sido abandonada.»

SEÑORES.—¡Bendito sea el gran Apolo!

HERMIONA.—¡Bendito sea!

LEONTES.—¿Has leído fielmente?

OFICIAL.—Sí, mi señor: tal como está aquí.

LEONTES.—No hay ni una partícula de verdad en el oráculo. Que continúe la sesión. Eso es falso.

(Entra precipitadamente un criado).

CRIADO.—¿Dónde está mi señor? ¡El rey! ¡el rey!

LEONTES.—¿Qué hay?

CRIADO.—¡Oh, señor! ¡Cómo podré decirlo! El príncipe en la congoja y el temor de lo que pueda suceder á la reina...

LEONTES.—¿Cómo?

CRIADO.—¡Ha muerto! (*Hermiona se desmaya.*)

LEONTES.—Apolo está irritado. Los cielos mismos fulminan sus rayos contra mi injusticia. ¿Qué pasa?

PAULINA.—Esta noticia es mortal para la reina. Mirad, mirad ya la obra de la muerte.

LEONTES.—Llevadla. Su corazón está abrumado, pero ya se restablecerá. Quizá creí harto ligeramente mis propias sospechas. Os ruego que le administréis afectuosamente los remedios que la restauren. Perdóname, Apolo (*salen Paulina y señoras, con Hermiona*) por haber blasfemado de tu oráculo! Me reconciliaré con Políxenes; ganaré de nuevo el amor de mi reina: llamaré á Camilo, á quien tengo por honrado, sincero y misericordioso; pues cuando yo, arrastrado por mis celos á sangrientas ideas de venganza, lo escogí para envenenar á mi amigo Políxenes, el con mejor intento retardó el cumplimiento de mi mandato, á pesar de que le amenacé de muerte y le ofrecí recompensas para que no dejase de

ejecutarlo. Lleno él de humanidad y de honor, reveló á mi real huésped el plan, y abandonó su alta posición y su fortuna aquí, para entregarse en brazos del incierto azar, sin más riquezas que su honra. ¡Cuánto resplandece al lado de mi culpa! ¡Y cuánto más negras parecen mis acciones al lado de su piedad!

(*Vuelve á entrar Paulina.*)

PAULINA.—¡Oh desventura! Desatad mis lazos, romp ped estas ligaduras antes de que mi corazón estalle bajo de ellas!

SEÑOR 1.º.—¿Qué acceso es este, buena señora?

PAULINA.—¿Qué refinados tormentos tienes para



mí, oh tirano? ¿Qué tortura, qué martirio, crueles y sin piedad, como tuyos? Tu tiranía y tus celos, esos celos, imaginaciones pueriles indignas de un niño de nueve años!... ¡Oh! ¡Piensa en lo que has hecho! Y luego vuélvete loco, sí, loco frenético; porque todas tus pasadas locuras no son sino pobres preludios de esta. El haber hecho traición á Polí-

xenes no era nada: sólo mostraba cuán voluble, ingrato y delincuente eres; ni ha sido mucho que hubieras querido emponzoñar la honra del buen Camilo pretendiendo que asesinase á un rey. Delitos son estos que parecen poca cosa al lado de otros tuyos más monstruosos; y entre estos no es el mayor haber abandonado á tu pobre hija para que sea pasto de los buitres; aunque el mismo demonio habría sacado agua de las llamas antes que consumir semejante crimen. Nadie se atreverá á acusarte por el aciago fin del joven príncipe, cuya mente (¡ay! demasiado noble para su edad) comprendiendo que su bondadosa madre era ultrajada por un padre torpe é insensato, dejó que su corazón estallara de dolor! Nada de esto hace más terrible tu cuenta. Pero lo último... ¡Oh señores! ya os he dicho que claméis «¡oh desdicha!...» la reina, la más dulce, la más angelical y amada criatura, la reina ha muerto! Y todavía no ha caído la venganza sobre quien así la hizo víctima!

SEÑOR 1.º—¡No permita el cielo tal desgracia!

PAULINA.—Os digo que está muerta: estoy pronta á jurarlo. Y si no vale la palabra ni el juramento, id y mirad. Si podéis devolver color ó lustre á sus labios y á sus ojos, calor á su piel, aliento á su pecho, yo os serviré como si fuérais dioses! Pero tú ¡oh tirano! no te arrepientas de estas cosas: son demasiado pesadas para que tus remordimientos puedan moverlas de encima de tu cabeza. Así pudieras pasar de rodillas mil años, desnudo, hambriento, en la más áspera montaña, en medio de una eterna tempestad de invierno; jamás, jamás se moverían los dioses á dirigir una mirada al sitio donde estuvieras!

LEONTES.—Sigue, sigue. Nunca dirás demasiado. Merezco lo más amargo que pueda proferir boca humana.

SEÑOR 1.º—No digáis más. Cualquiera que sea el curso de los sucesos, es delito vuestra audacia.

PAULINA.—Y de ella me arrepiento; como de toda falta que cometo, luego que me doy cuenta de ella. ¡Ay! hartó mostré la ligereza de mi sexo! Veo que está conmovido en lo más íntimo de su corazón. Lo que ya se consumó, lo que no tiene remedio, no há menester lamentaciones. Os suplico que no os causen aflicción mis palabras; antes bien castigadme por haberos recordado lo que debías olvidar. Ahora, mi buen señor y soberano, perdonad á una mujer enloquecida por el amor que tenía á vuestra reina. ¡Ah! loca de mí, no hablaré más de ella, ni de sus hijos, ni de mi propio esposo perdido también. Ejercitad, señor, vuestra paciencia; no diré una palabra más.

LEONTES.—Hablaste en razón puesto que no dijiste sino la verdad. Prefiero eso á ser compadecido por ti. Ruégote que me conduzcas adonde están los cadáveres de mi reina y de mi hijo. Una misma tumba los reunirá; y aparecerán en ella las causas de su muerte, para perpetua vergüenza nuestra. Visitaré una vez cada día el sagrado asilo donde descansan sus cenizas, y allí derramaré mis lágrimas. Este será mi único solaz tanto tiempo cuanto la naturaleza lo resista. Ven: guíame á estos dolores. *(Salen.)*

ESCENA III

Bohemia. Comarca desierta junto al mar

Entran ANTIGONO con la niña y un marinero.

ANTIGONO.—¿Estás perfectamente seguro de que nuestro barco ha tocado las costas de Bohemia?

MARINERO.—Sí, mi señor; y mucho temo que hayamos llegado á mal tiempo; porque el firmamento parece amenazante y como si quisiera darnos qué hacer. Por mi conciencia, creo que el cielo está indignado del asunto que traemos entre manos y nos mira con aspecto ceñudo.

ANTIGONO.—Cúmplase su sagrada voluntad. Vete á bordo y cuida de tu barco. Yo no tardaré en ir á tu lado.

MARINERO.—Daos toda la prisa posible; porque parece que vamos á tener tormenta. Y no os internéis demasiado en la costa, pues este sitio es famoso por los animales feroces que alberga.

ANTIGONO.—Vé tú, que no tardaré en seguirte.

MARINERO.—Me alegro en el alma de salir de este negocio. *(Sale.)*

ANTIGONO.—Ven, pobrecilla. He oído decir (aunque nunca lo he creído) que el espíritu de los que han muerto puede aparecer con vida; y si esto es verdad, el espíritu de tu madre se me apareció anoche, porque jamás tuve sueño tan semejante á la realidad. Vino hacia mí una forma femenina que volvía la cabeza ya á un lado, ya al otro. Nunca había visto yo una expresión de dolor más profunda y natural. Envuelta en blancas vestiduras, como si fuera la santidad en persona, se acercó á la cama donde yo

yacía. Tres veces se inclinó delante de mí, y esforzándose por decir algo, se llenaron sus ojos de ardientes lágrimas. Calmada un tanto, prorrumpió en estas palabras: «Buen Antígono: supuesto que el ha-»do, contrariando tu mejor disposición, se ha valido »de ti para arrojar en el abandono á mi pobre hija, »según lo habías jurado, Bohemia te ofrece desier- »to asilo donde la dejes con sus sollozos y su llanto. »Vé allí; y pues la pobre criatura es contada como »perdida para siempre, te ruego que le des por »nombre *Perdita*. Y por la cruel tarea que te impuso »tu soberano, nunca más volverás á ver á tu esposa »Paulina.» Con lo cual, dando alaridos, se desvaneció en el aire. Pasada mi primera impresión de gran espanto, dime tiempo para reflexionar, y pensé que aquello es real y no un sueño. Los sueños son ilusión; pero cedo esta vez á su influjo, y doy crédito á éste: Hermiona ha sido condenada y ha sufrido la muerte; y Apolo, sabiendo que esta niña es hija de Polixenes, quiere que sea depositada, sea para vida ó para muerte, en la tierra de su padre. Que el cielo te ampare, pobre capullo. Quédate aquí (*poniendo á la niña en tierra*) y contigo tu filiación; y estas prendas (*colocando un lío atado junto á ella*) que pueden, si place á la fortuna, sustentarte y seguir siendo tuyas. Ya principia la tempestad. ¡Pobre huerfani-lla! que por la falta de tu madre eres expuesta así á tantos azares! No puedo gemir; pero mana sangre el corazón, y soy en verdad un réprobo por verme obligado á esto por un juramento. ¡Adiós! El día se pone más y más sombrío, y va á arrullar tu sueño áspero rumor. Jamás he visto el cielo tan lóbrego de día. ¿Qué rugido salvaje? Ya es tiempo de volver á bordo... Me da caza! Soy perdido para siempre!

(Sale perseguido por un oso.—Entra un viejo pastor.)

PASTOR.—Quisiera que no mediara tiempo ninguno entre la edad de diez años y los veintitrés, ó pasar durmiendo los años juveniles. Porque en el

intervalo no se hace más que tratar con las malas mujeres, ofender á los mayores, robar y pelear. Porque ¿quién sino un muchacho de diez y nueve á veintidos se aventura á cazar con ese tiempo? Ya me han espantado y puesto en fuga á dos de mis mejores ovejas, y temo que primero las encuentren



los lobos que el dueño; pero de hallarlas, sólo podrá ser cerca de la orilla del mar, mordiendo la yedra. Buena suerte me asista y hágase la voluntad del cielo. ¿Hola? ¿qué tenemos aquí? (*Levantando á la niña.*) Una niña! y lindísima, por cierto! De seguro que baila en esto alguna muchachuela. Yo no soy muy entendido en libros; pero puedo leer en

esto que hay de por medio alguna muchacha de servicio. ¡Quién sabe! negocio de escaleras arriba, y cosa de tanto apuro que la pobre criaturita ha venido á parar aquí. La recogeré por piedad; pero estoy impaciente hasta que venga mi hijo. Hace apenas un instante que oía su voz. ¡Hola! Eh!

(*Entra el bufón.*)

BUFÓN.—¡Oh! ¿Qué hay?

PASTOR.—¿Tan cerca estabas? Si quieres ver una cosa de que tengas que hablar hasta después de muerto y apollado, ven. ¿Qué tienes, hombre?

BUFÓN.—He visto dos cosas, por mar y tierra, pero no puedo decir qué es mar y qué es cielo; porque ahora entre el uno y el otro no podríais hacer pasar ni la punta del cayado.

PASTOR.—¿Pues qué ha sido, muchacho?

BUFÓN.—Hubiera querido que viérais cómo se encrespaba y rugía y azotaba la playa! Pero esto no es lo principal. ¡Oh! los alaridos de aquellos infelices! Tan pronto los veía como desaparecían de la vista; ya el buque parecía tocar con sus mástiles al cielo, ya se hundía cubierto de espuma, y flotaba á merced de las olas como un corcho en un tonel. ¡Y luego en la tierra!... ver cómo el oso le arrancaba el omóplato; y cómo aclamaba que le auxiliase, diciendo que se llamaba Antígono y que era noble! Pero para concluir con lo del buque, ¿qué era ver cómo el mar se lo tragaba! gritaban los infelices y el mar se burlaba de ellos, y el pobre caballero aullaba, y el oso se burlaba de él. Los alaridos de unos y otros vencían el ruido de la tempestad.

PASTOR.—¿Qué desgracia! ¿Pero cuándo ha sido esto?

BUFÓN.—Ahora, ahora mismo. Desde que ví aquello no he podido apartar de allí los ojos. Los marinos apenas han tenido tiempo de enfriarse debajo de las aguas; y el oso aún no está á mitad de comida.

PASTOR.—¿Cuánto siento no haber estado allí, para auxiliar al pobre hombre!